

## XXXV° COLOQUIO DESCARTES

### EL ULTIMÍSIMO FREUD, MAS ALLÁ DEL PRINCIPIO

#### El último Freud:

“Lo que de tus padres has heredado, adquiérello para poseerlo.”  
Goethe: Fausto (parte I, escena 1)

*Compendio del psicoanálisis (o Esquema)* (1938), reúne los principios del psicoanálisis y los expone en forma conclusiva y cautivante.

El horizonte de las enseñanzas del psicoanálisis es su práctica clínica y clínica quiere decir caso por caso, esta orientación freudiana es el hilo conductor del texto. El Prólogo plantea que si no se ha pasado por la experiencia del análisis será imposible “alcanzar un juicio personal” acerca de dichas enseñanzas y “menos aún aplicarlas en otros”. La primera parte del texto se ocupa de la naturaleza de lo psíquico. La segunda parte, se explaya en la aplicación práctica, en el uso de la técnica y da un ejemplo de la labor psicoanalítica, para abordar en la tercera parte algunos resultados teóricos.

Freud escribe el *Compendio* en julio de 1938 poco después de su arribo a Inglaterra tras su exilio, el ensayo está “inconcluso” tal como advierte Lacan, aunque no incompleto, es una de los textos más sistemáticos, en él los conceptos fluyen y tiene el valor de que en esta época Freud ya ha elaborado su teoría y sacado sus conclusiones finales. La publicación póstuma, aparece por primera vez en la Revista Imago número 25 en el año 1940.

#### La articulación entre las tópicas freudianas:

“Tienen que conocer el último trabajo de Freud, este ensayo inconcluso, aporta ciertas indicaciones sobre la manera en que Freud ponía en correspondencia su primera división tópica del psiquismo -inconsciente, preconsciente, consciente- con la nueva tópica del yo, el superyó, y el ello. Sólo en el *Compendio* hallarán indicaciones sobre este punto” así Lacan invita a la lectura del *Compendio del psicoanálisis* en el libro 2 de su seminario, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (1954-1955). Seguiremos esta referencia para precisar la articulación que el *Compendio* desglosa entre las diversas tópicas acerca del aparato psíquico.

El *Compendio* comienza con la primera de las dos hipótesis fundamentales para el psicoanálisis, la inherente a la localización. La

segunda hipótesis hace a la existencia del inconsciente, aquello que para Freud es lo esencialmente psíquico.

La *vida psíquica* es presentada como la función de un aparato al que supone extenso en el espacio y conformado por varias partes. Cabe destacar que Freud elige su segunda tópica para introducir las provincias o instancias que configuran dicho aparato. Esta decisión se debe a que la segunda tópica no sólo es dinámica, sino que permite dar cuenta de las diferencias particulares propias de cada caso.

La instancia psíquica más antigua es el *ello*, “todo lo heredado, lo innato, lo constitucionalmente establecido”, su contenido está dado por “las pulsiones originadas en la organización somática, que alcanzan una primera expresión psíquica.” (p.3380) Freud considera lo corporal, tanto al comienzo como al final de su obra, no obstante, no localiza a las instancias psíquicas en algún órgano, por ejemplo, no habla de una localización cerebral, sino que su tópica trata de lugares psíquicos designados como instancias recorridas por el órgano de la libido.

Una vez presentado el *ello*, Freud discierne un sector que se transforma bajo la influencia del mundo exterior real, y se organiza en forma paulatina oficiando como mediador entre el *ello* y la realidad. A esta nueva instancia la llama *yo*.

Otra de las instancias es el *superyó* que perpetúa la autoridad parental y sus influencias. El superyó se asienta en el *yo* y a partir de ese momento opera desde dentro del *yo*. Su génesis son las identificaciones, es una introyección simbólica coordinada a los ideales. El ideal ordena al *yo* y el superyó es el reverso del ideal, este señalamiento es fundamental para entender que el *yo* dista de ser autónomo, es un vasallo del inconsciente.

Hay otra cara del superyó que Freud desarrolla en *El malestar en la cultura* y retoma en el *Compendio...*, que es fundamental para situar la disyunción entre *pulsión* como satisfacción interna que no se detiene y es en un sentido siempre positiva y el *deseo*. El *superyó* se conforma como sedimento del largo período infantil de dependencia del amor de los padres y por el temor a perderlo. Freud señala y es para resaltar, que si el niño renuncia a las pulsiones lo hace animado por el temor a la pérdida del *amor* de los padres. El niño percibe como prohibido un objeto al que se dirige y que es incestuoso, por ello teme ser castigado, que los padres ya no lo amen y si hay algo que un neurótico demanda es ser amado. Este problema como el mismo Freud advierte, no se resuelve en el superyó, no se resuelve con las sucesivas renunciadas a las exigencias pulsionales, por el contrario, se alimenta de ellas, de más y más sacrificios. El sujeto en vez de gozar del objeto en cuestión, goza de la renuncia a esa satisfacción. A más renuncia, mayor crecimiento del superyó y mayor culpabilidad inconsciente para el sujeto que ha cedido en lo que quiere.

Freud establece una comparación entre el *ello* y el *superyó*, estas provincias psíquicas más allá de sus diferencias fundamentales, tienen en común el representar las influencias del pasado. Tal distinción se sigue a través de la teoría o doctrina de las pulsiones.

El *ello* busca satisfacer su pulsión innata, en esto radica su poderío y el verdadero propósito de todo organismo. El *yo* tiene la finalidad de mantenerse vivo y protegerse contra los peligros (básicamente la *castración*) enviando señales de *angustia* y aplazando la satisfacción. El *superyó* aparece como la función de la restricción de la satisfacción que representa a su vez los imperativos pulsionales del *ello*.

El recorrido que realiza Freud a través de su segunda tópica, culmina en la noción de *pulsión*. A partir de la noción de *ello*, las pulsiones -dice-, son las fuerzas que suponemos tras las tensiones causadas por el *ello*. Las “pulsiones representan las exigencias, los requerimientos que hace el cuerpo a la vida psíquica”, son “la causa última de toda actividad”.

Hay dos pulsiones básicas: *Eros* y la *pulsión de destrucción*. Eros, pulsión de amor o de vida persigue la unión a través de la *libido* que es su energía propia. Eros guarda la oposición entre la conservación de sí y de la especie, así como la oposición entre el amor propio y el amor de objeto. La pulsión de destrucción que es primera en su aparición apunta a la disolución de las conexiones y es el empuje, el retorno a ese estado primario del ser, “transportar lo vivo al estado inorgánico” dice Freud, de allí que se la denomine también *pulsión de muerte*. En este último aspecto es de destacar la observación que realiza Freud en una nota a pie de página en favor de esta distinción básica entre las dos pulsiones y frente al rechazo con el que tal concepción fue recibida por los analistas, tanto en 1920 cuando tal distingo fue presentado y también en 1938 cuando Freud escribe el *Compendio*.

Freud detalla las cualidades psíquicas, para presentar entonces la articulación entre las tópicas. Lo hace una vez descrita la estructura del aparato psíquico y las energías o fuerzas que en él actúan. Freud diferencia el psicoanálisis de “una corriente psicológica extrema -dice-, el conductismo surgido en los Estados Unidos” que “cree poder construir la psicología haciendo abstracción del inconsciente y basándose en la consciencia como la única característica psíquica.” A continuación, menciona y aquí reiteramos, la segunda hipótesis fundamental para el psicoanálisis, la concepción de que lo esencialmente psíquico es lo inconsciente. De la consciencia dice Freud que no se ocupará, pues coincide con la consciencia de los filósofos y del habla cotidiana. Subraya la fugacidad de lo *consciente*. Luego califica de *susceptible de consciencia o preconsciente* a lo que puede trocar su estado inconsciente por el consciente. Por último, ubica otros procesos psíquicos que no tienen acceso tan fácil al devenir consciente y constituyen lo *inconsciente* genuino. Por lo tanto, los procesos psíquicos son lo consciente, preconsciente o inconsciente pero la división entre estos

contenidos no es absoluta. Freud aclara que “la doctrina de las tres cualidades de lo psíquico, ha llevado a varias confusiones”, sin embargo, no la desestima ya que “es el primer inventario de los hechos de observación clínica, que se ajusta a ellos y que no persigue su explicación.” De este modo lejos de desentenderse, de descartar la primera tópica -desorientación que fue y es promovida por varios analistas, suponemos que, por trabajosa-, Freud la conecta con la segunda. Así la primera división tópica del psiquismo freudiano conformada por inconsciente, preconsciente y consciente entra en correspondencia y articulación con la llamada segunda tópica: ello, yo, superyó.

Freud requiere de una segunda tópica que sea dinámica, que -como puntuamos-, es la composición de fuerzas en puja. De allí las metáforas que usa en más de una oportunidad alusivas al combate, la guerra entre instancias, se trata de una perspectiva que considera el conflicto como lo más propio de lo psíquico. Punto esencial a ser considerado y circunscripto durante las entrevistas preliminares. La perspectiva dinámica permite a su vez, dar cuenta de las diferencias particulares, esto es el caso por caso, asunto que la primera tópica no consigue ya que al decir de Lacan es estructural. Entonces el recorrido freudiano va de la estructura a la dinámica entre instancias, su lucha y el conflicto que entonces subsiste. “Lo inconsciente es la única cualidad dominante en el ello. El ello y el inconsciente se hallan tan íntimamente ligados como el yo y el preconsciente, al punto que dicha relación es aún más exclusiva en aquel caso.” Destaquemos que Freud ensambla las tópicas, pero no las unifica, en todo caso la dinámica, resignifica la estructura.

### **Un retorno a Freud y un más allá de Freud:**

Germán García en *El malentendido de un siglo* (1991) *D’escolar* (2000), plantea que Lacan hace una nueva lectura, “comienza por hacer retornar lo que se había excluido de Freud [...] Año tras año, los ahora famosos *Seminarios* muestran un psicoanálisis desconocido que se presenta como aquel que viene de un Freud “superado” y olvidado.”

Germán García refiere entonces a *Palabras sobre la histeria*, una intervención de Jacques Lacan en Bruselas, que es del 26 de febrero de 1977. Lacan se pregunta por “la histeria de antaño”, “¿a dónde se ha ido?”, [...] “¿No se ha desplazado la histeria en el campo social? ¿No la habrá reemplazado la chifladura psicoanalítica?” Es fundamental leer a Freud para entender a Lacan. Leer también los términos en que Lacan plantea su lectura nueva. Responder las preguntas arriba formuladas acerca de la histeria que ha sido borrada del mapa por las nomenclaturas psiquiátricas, hace al esclarecimiento y orientación de la clínica actual.

En su primera enseñanza Lacan realiza una lectura minuciosa de los textos freudianos como respuesta al descamine al que dichos textos fueron sometidos. Por ejemplo, la noción de yo autónomo que es ajena a Freud -tal como hemos puntuado más arriba-. El yo freudiano es mediador, vasallo del inconsciente y por lo mismo carece de entidad. El yo es -dice Lacan en el libro 2 de su *Seminario*-, “una función no asimilable a la consciencia sino, semejante a ella por ser función de desconocimiento”. La autonomía del yo defendida a ultranza por las psicologías del yo es la reproducción de una ilusión neurótica que desconoce la existencia del inconsciente. La noción de un yo “organizado”, entidad a la cual hay que “asociarse” y “fortalecer” “pactando con él”, es otro error producto de una lectura sesgada del *Compendio*. Freud habla de la necesidad en las entrevistas preliminares, de lograr cierta empatía para que quien consulta pueda de algún modo empezar a involucrarse con lo que dice sin salir disparado, en ese punto Freud habla de una alianza con el yo. Pero dos párrafos después, señala que el análisis como tal no es eso. Dado que “las neurosis son las afecciones del yo”, [...] “aquella (se refiere a cierta empatía con el yo) será solo el primer paso, que permitirá allanar el camino hacia el análisis, tarea más dificultosa que ha de plantearse ya en esa introducción.” Entonces si un analista persiste en la alianza con la parte sana del yo, y no despliega la transferencia y sus dificultades, no practica el psicoanálisis, permanece en el terreno de la sugestión, de la alienación del neurótico a sus ideales. En *El malestar en la cultura* Freud es concluyente, la discordia entre el deseo y la exigencia de los ideales, es decir entre Eros y Tánatos, prolifera y es irremediable. Pone énfasis en que los juicios de los hombres devienen de sus deseos de dicha, y esos deseos de dicha son una ilusión infantil.

Lacan durante su primera enseñanza realiza una lectura minuciosa del problema del superyó freudiano. Dicha lectura lo lleva a formular hacia el final del Seminario 2, el lugar de lo simbólico, el Otro como lugar.

Lacan también critica la posición de los analistas que consiste en la fragmentación del saber freudiano, la exclusión de la pulsión de muerte, del masoquismo primordial, así como del superyó, bajo la égida de una concepción del yo que no es la que Freud propone. Es a tener en cuenta que Lacan transcurre unos diez años de su seminario -que él nombra como un comentario de los textos freudianos-, para articular la noción de pulsión como uno de los conceptos fundamentales.

¿Qué hace que el camino que Freud inicia en *Más allá del principio del placer* (1920) y resuelve en *El malestar en la cultura* (1930), -la distinción

Eros, organización de la libido y pulsión de destrucción-, sea algo inaceptable?

Es podemos decir, uno de los errores más frecuentes de algunas corrientes que desconocen la articulación fundamental para el psicoanálisis entre sexualidad y muerte. Freud mediante su primera tópica lee esas manifestaciones en las diversas formaciones del inconsciente, y lo traduce en lo que está ligado y lo desligado. Sexualidad y muerte son los nombres por excelencia de lo traumático, aquello que el lenguaje como operación significativa, no alcanza a recubrir y por lo mismo se instala como sufrimiento para el sujeto. Lacan retoma la vía que Freud desarrolla en *El malestar en la cultura* (1929), donde la sexualidad humana se presenta como un desarreglo irreversible, discordante y esencial de la pulsión. Y la pulsión de muerte, como lo informulable, lo mudo, lo que transcurre en silencio a expensas del sujeto y es por ello más efectivo. Desde esta perspectiva otra de las caras del *superyó* freudiano encuentra su lugar en la enseñanza de Lacan con el nombre de goce. Se trata de una satisfacción inconsciente a la que el sujeto está apegado y se traduce en insatisfacción, un bien separado del bienestar del sujeto, eco del masoquismo primordial. Entonces la renuncia pulsional planteada por Freud (antes mencionada) será definitiva como soporte de su noción de goce, una satisfacción en el mal bajo el peso del dolor moral, que lleva al sujeto hacia el polo opuesto al que dice querer ir. Una vez hecha la renuncia pulsional por amor, el sujeto no para de renunciar -entonces dice Miller en *Lógicas de la vida amorosa* (1989)-, “va a gozar de renunciar, el goce de la renuncia sustituye al goce directo del objeto del que se trate, y resulta que al goce no se puede renunciar. Este camino que parte de un goce pulsional, pasa por la renuncia a él por temor a la pérdida del amor, da como resultado la insatisfacción fundamental llamada *deseo*. Es el camino que toma Freud en *El malestar en la cultura*, pulsión versus amor.”

En *El malentendido de un siglo*, Germán García dice: “El discurso de Lacan (como el murciélago de la fábula de La Fontaine) va y viene sobre la doble exigencia de un retorno a Freud y un más allá de Freud, desde el cual es posible ese retorno. Como se podría decir parafraseando a Borges, Jacques Lacan convierte a Freud en su precursor.”

Este es un punto crucial en psicoanálisis y concierne a una nueva ética que formula Lacan, la ética del deseo inherente a un sujeto dividido, que desplaza la noción de yo. Ilustra el grave error que comete el analista cuando no considera la vía a la que el sujeto es llevado imperiosamente por un goce inconsciente que demanda satisfacción y va en contra de lo que desea. En este punto cabe recordar la pregunta que hace Lacan en Bruselas acerca de: “¿a dónde se ha ido la histeria?” y confirmar como respuesta lo que él plantea

como pregunta: efectivamente la histeria puede desplazarse y ser reemplazada, no sólo en el campo social, sino también por la chifladura psicoanalítica. Sólo el análisis permite al sujeto una vez posicionado, tomar su decisión respecto de lo que quiere.

Carina Scaramozzino, febrero 2022

### **Bibliografía:**

Sigmund Freud: Compendio del psicoanálisis (1938)

El malestar en la cultura (1930)

Jacques Lacan: Seminario 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica.

Seminario 7, La ética del psicoanálisis

Palabras sobre la histeria, intervención en Bruselas, 26 de febrero de 1977

Germán García: El malentendido de un siglo. Descolar (2000)

Jacques Miller: Lógicas de la vida amorosa (1989)